

6 – Remonto el Río Aveyron para contemplar la maravillosa Belcastel y en tierras de Rouergue visito Sauveterre de Rouergue y vuelvo al Aveyron para admirar Najac. Continúo entre los valles de Aveyron y Tarn descubriendo: Cordes sur Ciel, Castelnau-de-Montmiral, Puycelsi y regreso al Aveyron para despedirme del viaje en la bellísima Bruquinel.

BELCASTEL



Alcané las tierras de Aveyron y en el corazón salvaje de estas tierras, surcadas por el curso del río que da nombre a esta región, emergió la aldea de Belcastel ubicada maravillosamente junto al río. Belcastel es la aldea más representativa de este remoto valle y con una tierra modelada a voluntad para configurar una imagen perfecta en todos los sentidos.

Estacioné en la parte baja de la aldea y dando un pequeño paseo, entre prados y senderos de tierra batida, llegué a la orilla del río Aveyron. La corriente discurría suavemente bajo el oscuro dosel que los árboles formaban sobre el claro río, algunos sauces dejaban mojar sus hojas en el agua.

Era un lugar silencioso rodeado de vivos prados, cielo, bosques y claros de insólita calma... un paseo sosegado... el delicado murmullo del agua como único sonido que rompía el silencio.

Rápidamente descubrí las cualidades excepcionales de este magnífico lugar, ya que Belcastel se encuentra ubicada en un privilegiado y romántico entorno de excepcional belleza.

Asoma esta admirable aldea sobre la ribera derecha del río en un ambiente rural, agradable y solitario, que se revela en medio de las campiñas y protegida por las laderas boscosas de la parte inferior de este salvaje valle del Aveyron. Las casas de la pequeña aldea se reúnen al pie del castillo del s.XII, que se yergue en lo alto de la colina y todo el armonioso conjunto se encuentra siguiendo la curva del sinuoso río que parece abrazarlo y protegerlo.

Esta panorámica le ha valido a Belcastel el galardón de “Les Plus Beaux Villages de France”.



La ilustración más célebre de Belcastel es la visión que se contempla desde el puente del s.XV. La aldea se extendía cuesta arriba en una sucesión de terrazas ocupadas por casas de estructura medieval, y sobre el cerro se yergue el castillo. El río y la abundante vegetación, que se alzaba hacia el brillante cielo azul perlado de blancas nubes, completaban la figuración de este bello retrato. Ofreciéndome, como un valioso regalo, la ocasión de descubrir este paisaje fascinante.

El Aveyron se interponía entre la aldea y la iglesia de la Sainte Madeleine del s.XV; su único acceso era a través de este mismo puente. Ambos, el puente y la iglesia, fueron construidos por el señor de la aldea Sonnac Afridi y la tumba donde reposa se encuentra en el interior de la pequeña iglesia.

Fascinaba cruzar el puente... figuraba magia... una ensoñación de entrada a un mundo hechizado. Caminaba sobre una calzada adoquinada de antiguas piedras y la ajada baranda mostraba el paso del tiempo. En el centro del puente se levantaba un pequeño oratorio; un ambiente bucólico y hermoso... una agradable sensación envolvente de calma recorría mi cuerpo. El Aveyron discurría por debajo en un lento e hipnótico fluir.





Hay lugares que me hablan con voz intensa y armoniosa...





Atravesando el puente llegué a la aldea con sus antiguas casas de techos de piedra, lajas y pizarras; algunos vehículos deslucían la bella imagen de antigüedad y aun así reinaba una quietud irreal. Encontré una solitaria callejuela peatonal que trepaba serpenteando en sucesivas rampas y que me permitía remontar a lo alto de la colina en la que se asienta la aldea.

Subía por una empinada calzada cubierta de un bello mosaico de piedras de múltiples colores. Las viviendas, de macizo aspecto y bien restauradas, se hallan construidas de losas de piedras y es sus sencillas fachadas se abren pequeñas ventanas. Todo el conjunto tenía una cadencia, un equilibrio que se integraba perfectamente en el paisaje.

Entre las piedras afloraban numerosos jardines, macetas, parterres de flores y frutales... estos arreglos florales eran la única nota de color en la uniformidad monocromática de las piedras de calzadas y viviendas.

Subía la pendiente, bajo el constante calor del sol abrasador, antiquísimas fuentes me permitieron refrescarme y remplazar la humedad del sudor por la refrescante del agua y una ligera brisa llevaba hasta allí un ligero aroma floral.

Este agradable paseo me fascino, me encontraba en un estado de absoluta felicidad. Sentía una ligereza de espíritu y durante unos momentos me parecía que ascendía hacia otro mundo







Esta disposición en terrazas me facilitaba pasar a la altura de los tejados de las casas y contemplar el bello tapiz que formaban sus tejas primorosamente encajadas, las siluetas de sus tejados y las ventanas en las buhardillas.

Caminaba por pequeños rincones buscando sus peculiaridades, diferentes perspectivas y multitud de pequeños detalles que se perdían entre el generoso paisaje. Subía y bajaba por escaleras que recorrían pequeños callejones que atajan entre las rampas y permitían el acceso a las viviendas. Casas que se amontonaban una sobre la otra y cada cual se exponía sobre un nivel distinto.

En este solitario errar no hallé comercios o tiendas, lo que confería al conjunto un mayor realismo. Asombrosamente pequeña y llena de encanto, Belcastel me arrastro a otra vida; estos muros de piedra me trasladaron a otra época.

Llegué a las puertas del castillo. Desde este lugar disfrutaba de una vista única de los tejados de la ciudad y el panorama del pequeño valle del Aveyron era excepcional. Un lugar hermoso, encantador y tranquilo rodeado de una naturaleza en la que se entrelazan numerosos senderos que parecen jamás tener fin y que te conducen a descubrir lugares increíbles.







El castillo, de los s.XI XII y XV, era propiedad de la familia de Belcastel. Esta poderosa familia se arruinó en el periodo de las guerras de religión y emigraron en el s.XVI. El castillo permaneció abandonado durante los últimos 400 años, se encontraba en estado ruinoso, junto a la solitaria aldea, que agonizaba y solo se podía acceder por difíciles caminos.

El arquitecto Fernand Pouillon descubrió entonces la vertiginosa roca dominando las pobres y desvencijadas casas de la aldea y los restos todavía formidable de la fortaleza. Fue en 1974 cuando compro el castillo en ruinas y comenzó de inmediato su renovación.

Esta iniciativa alentó las esperanzas de los habitantes de la aldea, que se siguiendo su ejemplo, perseveraron en la regeneración de la aldea. Se restauraron las casas de los s.X a s.XV, los caminos... y su patrimonio como la antigua fragua, hornos, el puente y su entorno.

Y Belcastel paso de un pueblo en ruinas a transformarse en uno de “Les plus Beaux Villages de France”.



SAUVETERRE-DE-ROUERGUE



Abandonando Belcastel circulaba por un paisaje natural y frondoso. Viajaba a través de un bosque, aparentemente interminable, de robles, hayas y castaños. Salvaba profundos valles por donde fluían los ríos que rodean la meseta de Lezert. Alcancé una amplia planicie donde aparecían pequeñas aldeas, con reducidos cultivos y prados donde pastaba el ganado, y arribé en la población de Sauveterre de Rouergue.

La aldea sugería dormitar, bajo un cielo luminoso y despejado, donde un sol abrasador parecía fundir el asfalto de la calzada. Después de cruzar el antiguo recinto de sus fortificaciones, hoy convertido en un bello “promenade”, y traspasar una de sus antiguas puertas fortificadas; me interné por calles franqueadas de hermosas casas edificadas en piedra esculpida y algunas puertas ornamentales. Las plantas superiores, construidas en voladizo sobre la calle, eran de entramado de madera.

Caminaba, buscando la sombra, por calles desiertas. Las contraventanas estaban cerradas para protegerse del bochorno del exterior y los postigos de las numerosas tiendas de artesanía permanecían cerrados. Siguiendo la típica cuadrícula de una bastida, arribé en la gigantesca plaza la plaza central bordeada de arcadas, llamados aquí “chitats” y orlada de bellos edificios.





La plaza ocupaba un espacio enorme y casi vacío, en medio solo se levantan un pozo y una cruz de hierro forjado, y estaba delimitada por pórticos de los s.14 y 15. Por encima de los arcos ojivales se elevaban las casas de un precioso entramado de madera, o de piedra tallada, decoradas con bajorrelieves. Tenían unos pintorescos tejados a dos aguas, muy pronunciados, con buhardillas y ventanas con frisos.

La inerte oscuridad de los pórticos era un refugio por donde pasear, en marcado contraste con la reluciente luz del sol de una intensidad hiriente.

Guillaume de Mâcon, senescal de la provincia de Rouergue, fundó esta bastida en 1281 en el corazón del Ségala para proteger a la población de las partidas de bandidos. Sauveterre de Rouergue fue una nueva villa fruto de la política de urbanismo por aquel entonces. Bajo la tutela del magistrado real, la bastida fue construida como una urbanización con una plaza central, de grandes dimensiones, para el mercado y conjuntos de solares donde construir una casa, cada uno con un jardín y un pozo. Cuatro calles principales, cortadas por calles transversales que dan acceso a los jardines, conducían a la plaza mayor.

Durante la de guerra de los cien años a la bastida se le añade un poderoso recinto amurallado, pero aun así es tomada en 1362 por los ingleses, permaneciendo en su poder hasta el 1369 la ciudad ya está rodeada de murallas pero es tomada en 1362 por los ingleses permaneciendo en su poder hasta el 1369.





El trabajo sobre las fortificaciones, realizadas durante el periodo inglés, continúa en los años sucesivos; siendo la mayor parte demolida en la segunda mitad del siglo XIX. Solo subsisten dos puertas, una torre y algunos lienzos de muros y parte del foso que la rodeaba.

Pero la ciudad había sido construida sobre una llanura demasiado pequeña para crear un campo agrícola que permitiese subsistir, por sus propios recursos, a la villa medieval; por lo que, apoyada por privilegios fiscales otorgados por el rey, se convierte en administrativa y comerciante. Van apareciendo oficios diversos, fraguas, telares, carnicerías... y en los pórticos de la plaza se muestran, en grandes mercados, la efervescencia económica de la villa. Pero las epidemias de peste y hambrunas despueblan Sauveterre, que aislada en una meseta de barrancos y apartada de los grandes ejes de comunicación, se estanca a partir del siglo XVIII. La nueva ciudad fracasó pero gracias a este fracaso podía visitar un encantador y agradable pueblo que reflejaba un momento de su historia.

A partir de mediados del s.XX la ciudad y sus habitantes empiezan a restaurar su patrimonio arquitectónico y apuestan por una integración progresiva de la bastida en los circuitos turísticos. Figurando hoy, esta pintoresca bastida, entre las pertenecientes a “Les plus beaux villages de France”.





NAJAC



Conducía envuelto en la penumbra de un bosque que parecía infinito. Serpenteantes carreteras atravesaban bosques tan tupidos que resultan impenetrables para la luz del sol y el campo, de un follaje denso y verde, daba paso a zonas cultivadas y pequeñas poblaciones agrícolas. Un viaje mágico por una desierta carretera en un entorno natural excepcional de abundante foresta en la zona más salvaje del Aveyron.

Sin GPS seguía la señalización en los cruces, giro a izquierda... a derecha... el sol del mediodía tenía que permanecer a mi izquierda... Las carreteras parecían cada vez aún más estrechas, más cerrada y salvaje, salvaba pequeñas colinas y valles... Y al cruzar un pequeño collado se desplegó la insólita panorámica de un profundo y cerrado valle que señalaba la entrada a las gargantas salvajes del Aveyron. Y a mí derecha asomaron los primeros edificios de la asombrosa aldea de Najac.

Desde el primer momento, al divisar la población, me quedé estupefacto... me absorbía esta la increíble vista. Las casas aparecían colgando en la cresta de la montaña y sobre el extremo más alejado despuntaba la figura del castillo. La vista era increíble, realmente el pueblo parecía suspendido de la montaña y detenido en el tiempo.





El pueblo se halla, literalmente, colgado en lo alto de una montaña y en equilibrio sobre una cresta rocosa excepcionalmente larga; en la otra punta se localiza el castillo. La montaña se alza, en un escabroso acantilado, sobre un meandro en medio de las gargantas del Aveyron.

Todo el conjunto se halla en un entorno natural y solitario. Un gran espacio verde rodeado de densos y abruptos bosques; constituyendo un paisaje excepcionalmente tranquilo y bello, donde armonizan la arquitectura de sus construcciones, los densos bosques y el agua que fluye por las gargantas del río Aveyron. El río, a partir de Villefranche, pierde su placidez y se interna en profundos barrancos desapareciendo entre extensos y salvajes bosques.

Najac me fascinó desde la misma entrada a la población. Entré a través de la única plaza del pueblo, la del Faubourg, un ensanchamiento de la calle para convertirla en una amplia plaza. Una construcción que se realizó, en el s.XIII, para transformar la aldea en bastida y crear un recinto para la celebración de los mercados.

Esta plaza destacaba por las originales fachadas de las viviendas que rodeaban este acogedor lugar. Me gustaron sus bellas casas con entramado de madera situadas sobre pilares de piedra arenisca; en los porches se ubican los puestos de venta desde hace siglos. Hoy la oficina de turismo se halla en los bajos de una de estas casas.







Una pérgola, una pequeña plaza con bancos, terrazas de cafés o restaurantes y una bella fuente del s.XIII completaban el conjunto. Un lugar excelente, acogedor y un estupendo preludio de las maravillosas sorpresas arquitectónicas y paisajísticas que ofrece este pintoresco pueblo magníficamente conservado intacto a lo largo de los siglos. Y que por derecho propio forma parte del selecto club de “Les Plus Beaux Villages de France”.

Este lugar cautivante de una gran belleza, alegre y mágico, es representativo de una arquitectura impecable y de una sutileza exquisita, llena de encanto. Un destello de perfección. Sus hermosas casas de piedra, edificaciones marcadamente medievales, con techos a dos aguas y que siguen la curvatura de la cresta, hacía de sus calles un lugar romántico y seductor.

En la oficina de turismo obtuve el mapa y la información del recorrido de la visita; una visita en la que no hay riesgo de pérdida ya que Najac se extiende a lo largo de una sola y única calle.

Y, con el folleto en mano, comencé la visita a este conjunto medieval estupendamente conservado y que me proporcionó múltiples sorpresas en el recorrido.





La plaza de Faubourg, al finalizar, se estrechaba en la calle de Barry iniciando un prolongado descenso. Desde aquí arriba podía admirar los equilibrios, el lucimiento del lugar y el bello recorrido que, atravesando el pueblo, culminaba en el castillo al fondo sobre la colina.

El agradable paseo a través de la aldea proseguía por su única y estrecha calle flanqueada hermosos edificios que, situados a lo largo de la calle, habían sido realizados en diferentes épocas y estilos arquitectónicos. Y cada paso que descendía en la cuesta retrocedía, en un encantador viaje, a la antigüedad

Mis sentidos efectuaban el tránsito de la belleza a la sorpresa... descubría las antiguas casas, cuyas fachadas cuidadosamente restauradas, no ocultaban las cicatrices de la historia... como las arrugas de un árbol centenario. Hermosas tiendas de artesanos, perfectamente integradas en el ambiente, se abrían a la calle. Y todo ello sin perder de vista el castillo que se alzaba sobre el horizonte.







Una hermosa fuente apareció en mi camino, la Fontaine des Consults, un monumento del 1344 construida en granito y con 12 figuras talladas en la piedra. Esta fuente, situada al lado del ayuntamiento, indica el centro de la localidad.

Entre la hilera de casas se despejó un pequeño mirador dejando ver, sobre los tejados de la población, un paisaje sorprendentemente orlado de ese intenso verde; unas vistas increíbles de este pueblo situado en un entorno de salvaje belleza natural a lo largo del Aveyron. Densos bosques, que parecían infinitos, se cerraban sobre profundos valles perfilados de colinas frondosas.

Desde este lugar emprendí la subida por una calle adoquinada que me conducía hacia el castillo del s.XIII. Descubría esta reliquia histórica poca a poco, siguiendo la hilera de casas que llevaba al recinto del castillo en la cima de la montaña. En el ascenso a la fortaleza me aproximaba al núcleo inicial del pueblo que nació en esta colina en el s.XI y que se expandió siguiendo la cresta hacia el Este desde el s.XIII.







En la cuesta se hallaba la casa del gobernador, está era la antigua residencia del admirador Real y en la que residieron distintas familias de ricos mercaderes y nobles desde el s.XIII. Cruzando un antiguo portón se apareció el edificio señorial de la mansión del Senescal que data del s.XV. Aquí residía en época medieval el Senescal de Rouergue, gestor de los asuntos comerciales y financieros de cuando Najac era la capital de Rouergue. Ambas mansiones estaban hermosamente restauradas y conservaban perfectamente ese estilo medieval tan atrayente.

Subiendo al castillo miraba hacia atrás, ya que la vista de la ciudad desde este lugar era hermosa. La aldea se perfilaba comprimida a lo largo de una sutil línea bordeada de una profunda foresta. Es excelente lugar lleno de historia en una encantadora región.

En el extremo de la aldea, y sobre un promontorio rocoso, se alza la fortaleza a 200 metros por encima de las gargantas del Aveyron. Construida en 1253 por Alfonso de Poitiers, hermano del Rey San Luis, sobre los cimientos de un viejo castillo del 1100. El castillo formaba parte de la red de castillos reales ubicados en el valle del Aveyon, en un claro ejemplo del dominio real sobre Najac después del episodio cátaro y la conquista del Condado de Toulouse. En este lugar conseguí un buen punto de descanso y observación... quedé suspendido entre cielo y tierra... permanecí hasta que el Sol se ponía y se iba apagando lentamente detrás de las colinas y otro día tocó a su fin. Mientras la luz acababa de desvanecerse en el cielo, realice el último paseo de retorno por un pueblo solitario. Realice la pernocta en el área de AC que se encuentra al pie de este promontorio y al lado del río Aveyron.



CORDES SUR CIEL



Al aproximarme se dibujaba su silueta sobre la colina, abrazada por un precioso paisaje de bosques, prados y cultivos. Este mágico pueblo medieval, como buen bastión defensivo, se construyó en lo alto de un promontorio rocoso y sus preciosas casas medievales, junto a un encantador conjunto de estrechas y tortuosas calles, se apretujaban dentro de sus cuatro murallas concéntricas.

Hechizado por la imagen de la ciudad emprendí la visita, bajo un sol inclemente y un calor implacable. La peor situación climática para visitar esta población, ya que sus empinadas calles subían sin piedad ni respiro hasta alcanzar lo alto de la colina.

Pero el esfuerzo, que exigía subir, era mínimo comparado con el estímulo vivificante que causaba la vista de este maravilloso conjunto de casas perfectamente conservadas. Abordé la subida por la grande rue de l'Horloge, una calle amplia que nace en la villa baja y que conduce a la torre del reloj.

Según trepaba, calle arriba, a cada paso retrocedía en el tiempo. Comencé la vista en el s.XIV para terminarla en el s.XIII.





En el s.XIV un cuarto recinto, y después un quinto recinto amurallado fueron construidos para la defensa de los barrios que fueron proliferando con el desarrollo de la ciudad. Pendones medievales ondeaban en sus calles donde restaurantes, comercios y tiendas de artesanía exhibían su pericia. Por desgracia la saturación de numerosas tiendas “medievales” para turistas, es también lo que echa a perder la naturalidad del lugar.

La puerta del l’Horloge, probablemente reconstruida en el s.XVI, es un pintoresco vestigio de la cuarta muralla y originaba falsos ánimos de encontrarse cerca del final... pero la pendiente continuaba prolongándose por esta atracción turística de primer orden. Desde la pequeña place du l’Horloge divisaba la subida por la callejuela de l’Escalier du Pater Nostre; una subida más tranquila, natural y romántica desde la villa baja.

Traspassando la puerta del l’Horloge reanudaba la ascensión, ahora por la rue de la Barbacane, y a medida que ascendía por esta empinada calle sentía que retrocedía más en el tiempo. Al cruzar cada umbral era como viajar a través de los siglos.

Este tramo de calle parecía más original y heterogéneo. En sus fachadas combinaban las paredes de antiguo cemento agrietado y los tabiques entramados junto a bellas paredes de piedra. Los comercios desaparecían, la calle se volvía más tortuosa y la ciudad recuperaba su autenticidad de pueblo medieval.













A mi paso descubría como las fachadas evolucionaban en pintorescas composiciones estrictamente medievales, y la subida se convertía en un agradable paseo entre mansiones con siglos de historia. Un lugar en el cual se percibía a Cordes sur Ciel como una ciudad de otro tiempo, donde la luz jugaba sobre los tonos dorados y grises de sus antiguas fachadas de granito.

Surgió ante mí el tercer recinto de las murallas, ahora trocadas en viviendas donde se abren puertas y ventanas. El callejón, que zigzagueaba al pie de la muralla, me llevó a la antigua Barbacana del fin del s.XIII. En este siglo la ciudad se extiende fuera de sus primeros baluartes y se decide la construcción de un tercer recinto amurallado, del que subsiste la Barbacana que protegía el acceso a la última puerta “la porte des Planol”. La entrada a la villa alta.

El lugar era muy atractivo, las calles inclinadas y la barbacana convergían formando una pequeña plaza, en la que a los muros defensivos se contraponían delante las antiguas y rústicas fachadas de piedra y entramado de madera. Un lugar de mágica fantasía medieval, tranquilo y conmovedor.

Al poco de atravesar la Barbacana ascendía por una sinuosa curva, en cuyo final se veía, por fin, el último portón fortificado.

Subía, rodeado por las antiguas fachadas del s.XIII, hasta alcanzar el umbral de la puerta des Planol por la que irrumpí en la Grand rue Raymond VII. Esta era la calle principal que me llevó al centro de la villa alta, al corazón de Cordes, y al primer año de su construcción en 1222.



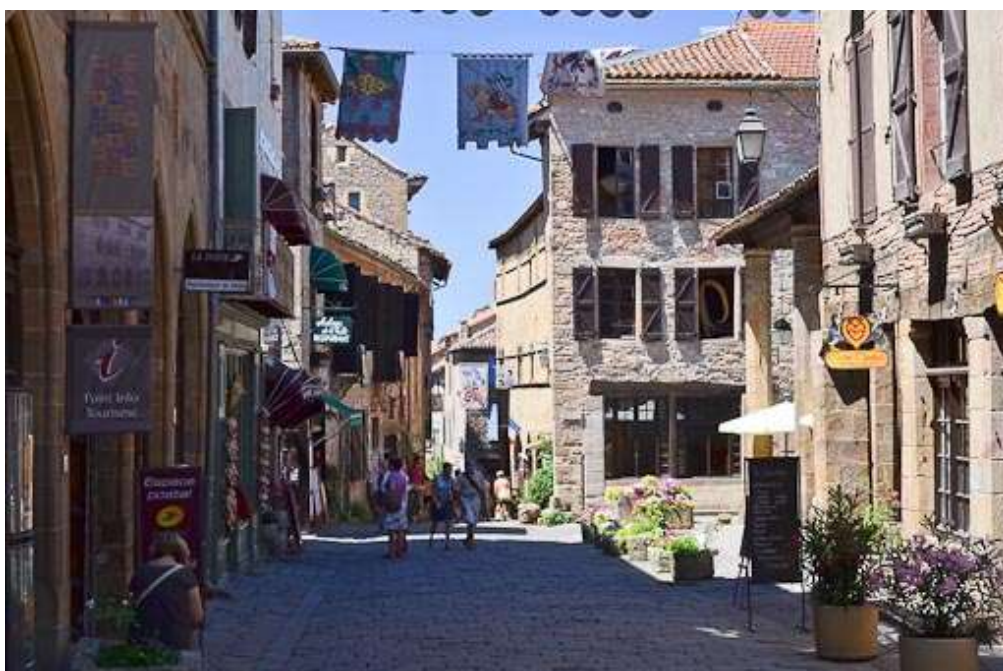


La estrecha calle se hallaba saturada de tenderetes, galerías de arte, especialidades gastronómicas de la zona y numerosos turistas arrimados a sus escaparates. Pero detrás de estas exhibiciones turísticas comenzaba a vislumbrar una ciudad medieval con un patrimonio gótico excepcional... con porches, murallas, fachadas esculpidas y numerosos rincones ocultos.

Las antiguas residencias de los ricos mercaderes s.XIII son verdaderas joyas de la arquitectura gótica que posee un lenguaje, cuyo misterioso significado hace que reine un clima de leyenda, gracias a sus fachadas de granito ocre que cobran vida con dragones, animales exóticos... y símbolos del gremio al que pertenecía su morador.

Las residencias más importantes y las mejor conservadas bordean esta calle, la arteria principal, y que une las dos puertas acceso a la villa alta. Sus fachadas se abrían sobre la calle con grandes arcadas y por encima se sobreponían dos pisos de ventanas ojivales. Esta bella arquitectura me permitía captar la esencia de esta importante villa medieval, y me ilustraba de cómo pudo haber sido la civilización occitana en la época de los condes de Toulouse.

Justo en el centro de la villa, ahí donde las calles se cruzan en ángulo recto y se organizan alrededor de la plaza del Mercado, aparecían 24 grandes pilares octogonales que soportaban el peso del tejado del antiguo mercado. Este lugar fue, en otra época, el centro importante de intercambio y hoy es el principal punto de animación turística de la ciudad. Precisamente en el mercado hay un pozo de 113 metros de profundidad al que los ciudadanos de Cordes arrojaron a tres inquisidores allá por el s.XIII y todo el pueblo fue excomulgado.





Después, del esfuerzo de la subida, hallé la tranquila plaza de la Bride un lugar encantador donde descansar contemplando una apasionante vista sobre el fértil valle de Cérou, río que desemboca en el Aveyron. Desde esta alta escarpadura contemplaba la ordenada llanura agrícola, una cuadrícula de campos instalados con pulcritud, y donde la mirada se perdía a lo lejos en la línea irregular del horizonte.

Cordes fue fundada en 1222 por Raimond VII, conde de Toulouse, que deseaba erigir un bastión contra el avance de las tropas francesas enviadas para eliminar la herejía Catara. Un subterfugio para la conquista del rico condado Occitano. Aquí encontraron refugio las familias que se habían quedado sin hogar a causa de la destrucción de los cruzados franceses.

Posteriormente, Cordes gozaría de gran prosperidad gracias al comercio de tejidos, seda, cuero... Del s.XIII al s.XV los enriquecidos mercaderes y los nobles se construyeron mansiones de lujo y ricos palacios protegidos por el sistema de fortificaciones que rodeaba la ciudad. Aun hoy la población se encuentra perforada de túneles y bodegas empleados para el almacenamiento y el refugio en tiempos de crisis.

Posteriormente las guerras de religión y unas devastadoras plagas de peste precipitaron su declive y a principios del s.XX el lugar estaba en avanzado estado de decadencia. Descubierta el lugar por artistas e intelectuales, comenzaron las obras de restauración a partir de los años cuarenta. Pero actualmente el pueblo depende totalmente del turismo, no queda nada de la prospera industria que enriqueció la ciudad en la antigüedad.









Recorría, ahora descendiendo, la Grand rue Raymond VII bordeada de un conjunto de magnificas casas medievales. En una pequeña plaza se hallaba la antigua iglesia de St-Michel con su alto campanario, junto a una torre con forma de atalaya.

La calle finalizaba en la Porte des Ormeaux; el acceso a la villa en el otro extremo de la Porte de Planol y último reducto de entrada a la villa. Si los asaltantes lograban superar los diferentes bastiones y puertas fortificadas se encontraban con la desagradable sorpresa al enfrentarse a los gruesos muros de sus torres. Los accesos a la ciudad disponían de unas estrechas puertas que se cerraban fácilmente con rastrillos.

Desde este lugar me encamine al tranquilo y solitario camino de ronda. Recorría un sendero que rodeaba la ciudad, entre la muralla y las fachadas, que se abrían al exterior. Desde este lugar observaba unas bellas vistas de la campiña circundante. Siguiendo este camino llegué a la Barbacana por la que accedí, al principio del relato, a la alta población. Y con gran pesar me despedí de la ciudad de la que Albert Camus escribió: “Todo es bello aquí, hasta el pensar”.

En un último intento de permanencia en el recuerdo, ascendí a una colina cercana para contemplar una panorámica del pueblo elevándose por la colina. Imagen por la que a Cordes se le añadió recientemente el nombre de Cordes sur Ciel, una acertada descripción ya que parecía suspendida sobre el horizonte.





CASTELNAU-DE-MONTMIRAL



Llegué a esta pintoresca villa situada sobre un promontorio rocoso desde el que se domina el valle de la Vère y el bosque de Grésigne (ruta que seguiré al encuentro del río Aveyron). Castelnaud de Montmiral, cuyo nombre original es “Castellum Novum Montis Mirabilis”, de lógica traducción y una clara referencia a la vista que se obtiene desde este lugar. Lo que la señalaba en la antigüedad como un lugar importante de observación y vigilancia. Esta antigua bastida, de pintoresca ubicación, fue fundada en el s.XIII por Raymond VII conde de Toulouse, para remplazar a una plaza fuerte destruida por los cruzados franceses en la conquista del condado de Toulouse.

Entré en la población por la maravillosa Place des Arcades; la plaza central característica de las bastidas del Suroeste francés. La plaza se hallaba delimitada en sus cuatro laterales por pórticos con arcadas ojivales y sobre estos pórticos se localizaban los pisos construidos con diferentes materiales en sus fachadas. De ladrillo y entramado de madera, de piedra y apoyados sobre columnas de piedra o madera.







Esta plaza, situada en el centro de la bastida, era una pequeña maravilla de la arquitectura medieval, íntima y agradable en un marco realmente excepcional. Extraordinaria como el propio pueblo, clasificado como “Les Plus Beaux Villages de France”.

La plaza, siendo el núcleo principal turístico, mantenía su tipismo medieval conservado como en el s.XIII. Este es el lugar donde concurren todas las actividades comerciales y sociales, punto de encuentro de sus ciudadanos y de turistas y aun así era un remanso de paz. El cielo estaba despejado y hacía una tarde luminosa y cálida.

Recorrí el contorno de la plaza bajo las vigas sólidas y robustas del techo de sus pórticos, que proporcionaban una agradable sombra en este día con otro cielo azul zafiro. Me introduje en sus calles, que eran realmente acogedoras y tranquilas, naturales y relativamente poco visitadas por turistas.

Este camino me hacía sentirme libre vagando al azar por callejones estrechos o pasadizos bajo antiguas mansiones flanqueados de ancianas y venerables residencias de piedra o entramados de madera.

La ciudad, tan ordenada y decorada, conjuntaba con el paisaje circundante donde huertos, prados y bosques verdeantes se presentaban ordenados y pujantes.









Esté paseo me condujo a la puerta Garric; la única puerta medieval que se conserva y un excelente ejemplo de la arquitectura militar medieval del s.XIII. Continué recorriendo sus callejones y pequeñas plazoletas donde la apariencia de las envejecidas piedras carecían del aspecto a decrepitud y abandono; gracias a acertadas restauraciones que han manteniendo la magia de antaño.

Como siempre en estos pueblos franceses los vecinos participan activamente poniendo flores, decorando sus calles junto a la limpieza y la belleza de sus fachadas.

Castelnau de Montmirail, encaramada orgullosamente sobre esta roca, era también un magnifico mirador que ofrecía unas vistas maravillosas. El panorama que me proporcionaba, subido sobre esta atalaya, era el de un fértil y rico valle en un entorno de naturaleza radiante de cultivos, bosques y colinas.

Desde esta altura se justifica la impresión de fortaleza inexpugnable; que a lo largo de la violenta historia del Midi francés resistió los embates del inglés durante la guerra de los cien años y las cruentas guerras de religión.

Después de sobrevivir cinco siglos de las acometidas de la historia, la revolución francesa altero el aspecto de La bastida demoliendo el castillo y parte de sus fortificaciones en 1819.



PUYCELSI



Al oeste del bosque de Grèsigne, entre el valle de Tarn, el Vere y Aveyron, se elevaba rodeada por sus baluartes y sobre una gran plataforma rocosa en el pico dominante del valle de Vere la villa fortificada de Puycelsi. El panorama era extraordinario; construida a gran altura sobre una enorme peñón y rodeada de 850 metros de murallas, armonizaba con su entorno natural de valles, colinas y densos bosques.

Subiendo por una fuerte pendiente, la carretera serpenteaba en un largo recorrido por un paraje natural de bosques y verdor. Al final, asomaba la imagen de Puycelsi, destacando sobre el azul del horizonte e increíblemente situada como en un nido de águilas.

El sol, que centelleaba sobre el blanco de sus murallas y los edificios que despuntaban por encima de sus almenas, creaba una fascinadora ilusión... y sentía el sonido de una voz que me hablaba de mitos, de magia y de hazañas guerreras.

El parquin para la visita se localizaba un poco por debajo de la ciudad. Un lugar tranquilo y estupendo para la pernocta.





Desde el parquin ascendía por un sendero, paralelo a la carretera, que me acercaba a la ciudad. Alcancé el sistema defensivo con sus muros, torres, almenas y saeteras que parecían tan amenazadoras como en la antigüedad.

Llegué al adarve que protegía la entrada y que me encauzaba, en zigzag hacia la primera puerta; al pie de la amenazadora Tour Prisión. Subía, cercado por las murallas defensivas, para franquear la segunda puerta; también defendida por otra torre y acceder al interior de la ciudad.

Atravesada esta última puerta defensiva irrumpí en sus estrechas calles con encantadoras casas del s.XIV depositarias de una hermosa arquitectura. Bordeaban los callejones un bello conjunto de mansiones de piedra, fachadas con entramado de madera, arcos ojivales y pisos en saledizos, un claro ejemplo de las casas medievales del Midi Francés.

Puycelsi ha conservado intacto el encanto y el misterio de las bastidas medievales y paseando por sus callejones la ciudad me ofrecía sus interesantes y pintorescas mansiones magníficamente remodeladas y bellamente decoradas con arreglos florales.

El ambiente era tranquilo, y al contrario de Cordes, parecía inalterada por el turismo... por lo que Puycelsi era como un salto al pasado. Recorriendo sus calles, pequeños jardines, rincones y plazoletas volaba mi imaginación y soñaba con ricos mercaderes transitando por sus calles, aldeanos arrastrando carros con sus cosechas, en los bajos trabajaban los diferentes oficios y la guardia hacia la ronda.









Los condes de Toulouse fortificaron el lugar; y la población, leal a Occitania, soporto en dos ocasiones el asedio de la cruzada contra los cataros y el condado de Toulouse. El propio Simon de Montfort, líder de las tropas francesas, victorioso de todos asedios contra castillos y poblaciones, fracaso en esta conquista.

El tratado de Meaux en 1229, que marco el final de la cruzada albigense y en la reconciliación de Raymond VII con el rey Louis IX, se estipulo que 25 ciudades que habían resistido a Francia debían ser destruidas. Puycelsi fue una de las elegidas comenzando entonces el desmantelamiento de la aldea y sus fortificaciones.

Durante la guerra de los cien años resistió a los ingleses y en las guerras de religión defendió al catolicismo contra el avance de los hugonotes. Resistiendo el tiempo y una larga historia agitada de frecuentes asedios parece un milagro que subsistan tantos elementos de la antigua fortificación.

En los años 20 el pueblo se vacía de habitantes, se empobrece y las casas comienzan a caer en el abandono. A principios de los años 60 los veraneantes comenzaron a rehabilitar las mansiones y les siguieron los vecinos y habitantes de las proximidades.

Las casas góticas o renacentistas recuperaron este espectacular aspecto de la opulencia que tuvo Puycelsi en el pasado. Y gracias a este magnífico trabajo hoy forma parte de la excelencia de pertenecer a “Les Plus Beaux Villages de France”.















La muralla, que rodea la ciudad, posee un adarve que me permitió recorrer todo el perímetro de la fortaleza ofreciéndome unas vistas magnificas de 360º del paisaje que circundaba a Puycelsi. Era un encantador recorrido de 800 metros de murallas que con miradores y paneles informativos que me orientaban sobre la historia de la ciudad y el paisaje.

Desde este lugar, de calma y piedra caliza, contemplaba atónito una vista de la campiña llena de árboles y pastos; todo ello ubicado en el valle de Audoulou, de un verde intenso. Una cambiante naturaleza del paisaje, unas veces eran despejadas llanuras, otras bosques profundos y oscuros, aquí y allá buenas tierras de granjas mezcladas con bosques y colinas que se elevaban al fondo.... Y al atardecer las copas de los arboles resplandecían con un tono anaranjado bajo el menguante sol. Empezaron a verse las primeras estrellas y de camino al parquin recorría silenciosos callejones bajo luces vagas y amarillas de las farolas.

En armonía con su entorno natural, Puycelsi ofrece un el hermoso panorama del bosque de Grèsigne; que se encuentra en la ribera izquierda del Aveyron y en los confines del departamento del Tarn. Siendo el bosque más grande del Midi-pyrénées, compuesto de castaños, robles y coníferas. Durante los siglos 17 y 18 fue de propiedad real y se usaba para construir y equipar los navíos. Los caminos actuales en el interior del bosque datan de esta época. Pueblo y bosque siempre han estado ligados y los habitantes de Puycelsi tenían el privilegio de usar la madera real para la construcción de viviendas y la fabricación de barriles, herramientas o leña.



BRUNIQUEL



Después de virar en una curva, asomó en una bonita panorámica, la imagen de este hermoso pueblo medieval encaramado sobre un acantilado de 100 metros de altura sobre el valle del Aveyron.

Bruniquel se aferraba en la ladera de la montaña y los pequeños espacios lineales entre sus tejados, me sugerían los sinuosos recorridos de las callejuelas que subían a lo alto. El hermoso conjunto aparecía coronado por dos castillos. El sitio era bonito, mágico... en un entorno verde y de un esplendor natural.

Estacioné en los párquines próximos al cementerio, y que a la noche se pueden usar como lugar de pernocta. La oficina de turismo se hallaba enfrente de la original iglesia; que aun con su arcaico aspecto solo data del s.XIX.

Después de agenciarme un plano, con el recorrido de la visita a esta bonita de la localidad, emprendí la subida por la Rue de L'Hopital que me conducía a la Place de L'Horloge. Esta pequeña plaza, con un antiguo pozo, se encontraba bordeada de bellos edificios y la porte Méjane. Al atravesar la antigua puerta fortificada me envió, como en un viaje en el tiempo, a una remota época.







Bruniquel conservaba su alma medieval con un dédalo de callejones en pendiente, puertas y pasadizos. Restos de fortificaciones, viejas casas de piedra o madera, torreones, arqueadas puertas, calles florales.

Una multitud de detalles que seducían, creando un estado de ánimo, una atmosfera, una belleza que dejaría una impresión duradera.

Recorría un laberinto de calles estrechas y empinadas salpicadas de fachadas ornamentadas; puertas y ventanas germinadas encaradas en edificios de bellísima arquitectura de los siglos 15 al 17.

Todo cautivaba la mirada, una multitud de detalles. Los adoquines de la calle, las viejas tablas de las puertas, figuras talladas o el olor de... Miles de plantas y flores colmaban sus calles... las fachadas de las mansiones se encontraban envueltas por una trama intrincada de plantas trepadoras. Todo era un asombroso jardín de embriagadores aromas que saturaban el ambiente de brillo y frescor.

Todo invitaba aquí a la exploración de incalculables rincones. Avanzaba, subiendo y bajando empinadas escaleras y callejuelas, perdido en mis pensamientos contemplativos. Los turistas recorrían este lugar con un respeto místico, espiritual, hablaban en susurros como si se tratase del interior de una catedral. Y como en una inmersión en la historia, en este maravilloso lugar se respiraba un aire diferente, tranquilo, sereno y relajante. Una calma de serenidad increíble para un pueblo catalogado como “Les Plus Beaux Villages de France”.

Me aproximé a una terraza sobre el esplendor natural de las gargantas del Aveyron... Y reposando, a la sombra de sus árboles, me sacudí del agotamiento físico y emocional de las últimas semanas. Y terminé el viaje.

















...Había quietud en el aire y mientras permanecía sentado con el rostro hacia el sol y los ojos cerrados, absorbiendo su calor...

...Sentía que estar ahí era una liberación y la vida transcurría a un ritmo diferente...

Amigo lector, he intentado

contagiarte de mis emociones, hacerte participe de mis impresiones y la libertad con la que soñaba cuando escribía este relato. A la vez que resurgía, dentro de mí, un estremecimiento en mis sentidos más profundos al volver a ver estas fotografías.

Un sinfín de nombres, lugares y momentos cabalgaban por mi mente. Imágenes únicas e inconfundibles que me quedaron grabadas en el ánimo de un modo indeleble... Junto al olor de la tierra y del sol.



La vida está compuesta de multitud de sensaciones que se alimentan de recuerdos, esperanzas, sueños e ilusiones... y yo te he hecho participe de cuatro semanas de mi vida, has conocido la esencia de mi naturaleza y mis ilusiones.



...Y ahora, terminado el relato, experimento una cálida sensación de dependencia... al recordarlo... como un vínculo de pertenencia con mi propia tierra, mi país...

Febrero 2017 Ion Ibáñez